

# Cabalgando en el soneto

por

Jorge Jobet

*Sí, efectivamente. El espíritu tiene la virtud de recogerse cuando así lo desea. ¿No es, acaso, la poesía, una constricción consciente? Es claro que algunos prefieren el desbordamiento, el alud, la perorata. Me quedo con los caballeros que no se dejan llevar por su cabalgadura. Cuestión de arte, sin duda. Y de sabiduría. Por muchos caminos se llega a Roma. Considero que es preferible conocer las distancias, los puntos cardinales, la condición del tiempo. El soneto exige esta preparación elemental. Es tan perfecto como un triángulo, un círculo o una pera. Ahí está la forma que debe vivir por su contenido. Todo el mundo cabe en un soneto, en un soneto de veras. ¿Cuánta vida, qué momento, cuál instante habrá que vaciar en ese molde tan severo como una trinitaria o una golondrina? El poeta cuenta con el golpe intuitivo y con la razón, conducidos por el sentimiento. Ponga entonces en juego sus armas, espante el maleficio vulgar de quienes persisten en la defensa de la ingenuidad mentirosamente simplista y fácil de la adolescencia, y permita que sus signos se graben en el inmutable mármol que lo espera. No hay sonetos de pellín. Acero bien templado y no bolitas de dulce. Sí, por supuesto. Es un punto de vista. Uno de tantos.*

AL ORGULLO

Si nardo lento o riguroso espino  
cavan tu pecho con maldad segura,  
no mueva el agua de mi fuente pura  
la voz doliente de su blando trino.

Si sordo llega con su remolino  
el dulce viento a coronar tu altura,  
deja que corra por tu sangre dura  
el frío corazón de un peregrino.

La lila cae de su verde undoso  
y el sol apaga sus agudos dardos  
cuando te eleva tu soberbia suerte.

Pero no olvides que un mastín goloso  
cabe en el tiempo con su andar de muerte,  
sea en espino, en corazón o nardos.

A LA AURORA

La leve aurora que despierta al día  
trae en sus ancas una luz de estrellas,  
cenizas hondas de cien mil centellas,  
claros suspiros de la pena mía.

¡Qué bien te asomas sobre mi agonía,  
ajena al mundo y a sus mil querellas,  
fragante rosa para las doncellas,  
violín perfecto para la armonía!

Tu palma es nieve que reparte encanto,  
sabrosa calma de rosada espuma  
o blanco lirio de celestes playas.

Cubre a las aves con tu diestro manto,  
despiértalas con luz y no te vayas  
en el navío de una espesa bruma.

A TUS OJOS

Velan en un remanso de dulzura  
como si fueras hasta un mar de olvido,  
barcas de majestad en el sentido,  
cisnes anclados con sin par ternura.

Jamás me falte de su ser la hondura  
con sus palomas de lejano nido,  
profundos lagos de mirar dormido  
en la fiesta eternal de tu hermosura.

Un día venga un apretado cielo,  
sin prisa y libre con sus arreboles,  
a dar noticia de su bella calma.

Seré el primero en detener el vuelo,  
cruzar la hoguera que te quema el alma  
y asir con fuerza sus brillantes soles.

A LA PAZ

De mirto y de laurel me he coronado,  
la flauta del pastor en la arboleda,  
de Judas mi desprecio a la moneda,  
labriego sin envidia en mi collado.

Vigilo que no espanten mi ganado  
ni se acerque el cañón a mi alameda,  
amistosa en el cántaro de greda  
la leche que mis cabras han colmado.

Yo no cambio mi rústica madera  
por la piedra preciosa ni la alfombra.  
La paloma de paz en mi retiro

se abraza al moscardón de la quimera,  
y me embota el azul de su zafiro  
con el mágico hechizo de su sombra.

#### AL AROMO

En tanto estoy batido por el hielo,  
al frente las heladas con sus daños,  
las espinas que traes con tus años  
aroman las estancias de mi duelo.

No hay flor que se compare al terciopelo  
de tu esfera tejida en blondos paños,  
tu dorado panal de desengaños  
lentamente regresa a su señuelo.

En tus brazos de miel la primavera  
poné surcos de amores cristalinos  
y una abeja de lúcida mañana.

Que tu aroma de plácida ribera  
me conceda su bronce de campana  
en tu cita de pájaros divinos.

A CHILE

Pequeño en el latino continente,  
tu costa rota y tu bandera alada,  
eres de intensa luz en la alborada  
y de fuego en el fúlgido poniente.

La sangre mártir y el amor ardiente  
dormitan en el puño de tu espada,  
conducta heroica en su misión sagrada,  
afanosa de harina en la simiente.

Flotas en el madero del destino  
con fiera mano y poderoso aliento,  
seguro de tu estrella y de tu canto.

Sorteas con pericia de marino  
el escollo, el naufragio y el tormento,  
Chile en peligro, pero nunca en llanto.

AL CANSANCIO

Toda esperanza sobre el hombre es vana,  
lobo estepario de eficaz veneno,  
sólo la brisa de inocente seno  
escapa indemne a su pasión malsana.

Nada le pido a la existencia ufana,  
bestial y torpe, sin virtud ni freno,  
sólo las notas de un laúd sereno  
y el limpio tallo de una flor lozana.

Mis huesos gimen con dolor ceñudo  
en un abismo de impaciente hierro,  
sin el apoyo de un sermón cristiano.

Sólo un alerce de ramaje mudo,  
la pata noble del humilde perro  
y el largo aullido de calor humano.

A MI NIÑEZ

Años lejanos de mi sur erguido,  
severas lluvias y jazmín de blanco,  
vuelos de mariposas en el banco  
donde aprendía un pájaro sin ruido.

Aldea que en el alba del mugido  
llevaba su pezuña hasta el barranco,  
en su silla invernal de ácido tranco  
rondaba el puelche con su lomo herido.

Viví en el centro de sus temporales,  
en sus loicas, perdices y morrales,  
tirante el curso de los volantines.

Bebí en un sueño las urgentes horas  
como el ala del tiuque en las auroras  
o la unción soñolienta en los maitines.

A MI HERMANO PEDRO

Vamos arando, Pedro, con paciencia  
en el agua interior de una elegía,  
la proa al norte de una roca fría,  
argonautas sin voto en la violencia.

De firme roble para nuestra ausencia  
en el rumbo de Colcos y Talfa,  
una nave de sol al mediodía  
construimos con legítima experiencia.

Y en busca andamos de imposibles oros,  
transportados de fe por los tesoros  
que se oculten, tal vez, en la garganta.

Quizás habremos de alcanzar la cumbre  
y encontrar solamente que una lumbre  
calentará el rigor de nuestra planta.

A MI HIJA ALEJANDRA

En ti me veo, en el candor de tu ansia,  
alegre brote y chispa de mi fuego,  
esa voz que ya escucho como un ruego  
desde el límite azul de la distancia.

Traes de lejos la sutil fragancia  
del césped joven y el punzante espliego,  
la fortaleza del bastón del ciego  
para tu padre que perdió la infancia.

Saltan las aguas de tu hermoso río  
por la llanura de silvestres flores,  
salvando intactas mi aterrado frío.

Cuitado espero que los sinsabores  
pasen de largo por tu grato estío,  
robándole a mi sangre sus colores.